

HOMILIA

EN LA MISA CRISMAL Y DE RENOVACION DE LAS PROMESAS

SACERDOTALES

+Juan Ignacio González Errázuriz
Obispo de San Bernardo

CATEDRAL DE SAN BERNARDO, 28 DE MARZO DE 2018

Queridos hermanos y hermanas, queridos sacerdotes y diáconos de nuestra diócesis, fieles que acompañan en este día a los sacerdotes, monaguillos que sirven en el altar del Señor

1. En este día solemne en que renovamos nuestras promesas de servicio al Señor como sacerdotes de la Iglesia de Dios, quisiera dirigirles unas breves palabras de aliento y agradecimiento por su servicio pastoral, por su trabajo constante y por la permanente atención al pueblo de Dios que se nos ha encomendado.

La confianza en la gracia y la acción de Dios en cada uno

2. Como he señalado a todas las comunidades y cada uno de ustedes, meditar en las palabras que el Vicario de Cristo nos dirigió en enero pasado es una fuente preciosa para alimentar nuestro trabajo y perseverar en los momentos que puedan ser más difíciles. Las realidades que vive el mundo y la Iglesia puede algunas veces afectarnos de modo intenso y aminorará nuestra audacia e iniciativa apostólica. Como nos dijo el Papa Francisco, “nuestras sociedades están cambiando. (...) Están naciendo nuevas y diversas formas culturales que no se ajustan a los márgenes conocidos. Y tenemos que reconocer que, muchas veces, no sabemos cómo insertarnos en estas nuevas circunstancias. A menudo soñamos con las «cebollas de Egipto» y nos olvidamos que la tierra prometida está delante, no atrás. Que la promesa es de ayer, pero para mañana. Y entonces podemos caer

en la tentación de recluirmos y aislarnos para defender nuestros planteos que terminan siendo no más que buenos monólogos. Podemos tener la tentación de pensar que todo está mal, y en lugar de profesar una «buena nueva», lo único que profesamos es apatía y desilusión. Así cerramos los ojos ante los desafíos pastorales creyendo que el Espíritu no tendría nada que decir. Así nos olvidamos que el Evangelio es un camino de conversión, pero no sólo de «los otros», sino también de nosotros.”. (Catedral de Santiago, 16 de enero 2018).

3. La gracia que Cristo nos ganó con su vida, muerte y resurrección es la única fuerza que salva al ser humano y al mundo y nosotros somos instrumentos a través de los cuales - ordinariamente - ésta llega al pueblo de Dios.

Queridos hermanos, en esta verdad esencial radica nuestra fuerza, nuestro optimismo sobrenatural y humano, nuestra fortaleza que nada hace desfallecer y nuestra alegría sobrenatural, que nos impulsa en nombre de Cristo a un apostolado constante y valiente.

El mayor tesoro de nuestra vida es tener la gracia. Estar en gracia nos hace hijos de Dios: no somos ya extraños, sino de Su familia. Por lo tanto -escribía San Pablo a los de Efeso- ya no sois extranjeros y huéspedes, sino conciudadanos de los santos y familiares de Dios (Ef 2, 19). La gracia eleva nuestra naturaleza, haciéndola partícipe de la naturaleza divina. Es semilla de vida eterna, un real anticipo de la gloria futura, del cielo, por ser una participación de la vida íntima de la Santísima Trinidad. "La gracia y la gloria -afirma Santo Tomás- son del mismo género, porque la gracia no es otra cosa que el comienzo de la gloria en nosotros (...), y la gracia que poseemos contiene en germen todo lo que es necesario para la gloria, como la semilla del árbol contiene todo lo necesario para llegar a ser árbol perfecto." El don de la gracia excede toda la potencia de la naturaleza humana, porque no es otra cosa que una participación de la naturaleza divina, que es superior a toda otra naturaleza. Es, por consiguiente, absolutamente imposible que una criatura produzca la gracia. El hierro no puede recibir las propiedades del fuego si no se mete en él y en la medida en que se una a él; de modo semejante, solo Dios puede

divinizar una criatura admitiéndola a la participación de su divina naturaleza" (Santo Tomas, Suma Teológica, 1-2, q. 112, a. 1).

4. El Espíritu Santo habita en toda alma en gracia y en ella permanece mientras no se le rechace por el pecado mortal. La gracia hace meritorias todas nuestras obras; las eleva al orden sobrenatural, es decir, les confieren un valor sobrenatural que produce un aumento de gracia y de gloria. La gracia, por último, trae consigo la fe, la esperanza y la caridad. Por estas virtudes, el hombre se dirige a Dios y está pronto para recibir con docilidad el influjo del Espíritu Santo, como el hierro candente está pronto para recibir la acción del herrero.

Y la gracia crece en el alma por la oración y los Sacramentos, de los cuales nosotros somos humildes e indignos administradores. Toda la vida del cristiano consiste en crecer cada día un poco más en gracia de Dios. Por eso, el cristiano debe recurrir con frecuencia a la Sagrada Comunión y a la Confesión, ofrecer todo su día a Dios, y procurar estar unido íntimamente a El por medio de la oración.

Bien sabemos, por nuestra experiencia personal y ajena, que este tesoro de valor infinitose puede también perder porque lo llevamos en vasos frágiles, de barro. Pero el amor infinito de Dios nos ha dado también el medio para recuperar ese tesoro si, por el pecado, lo hubiéramos perdido. Este medio es el sacramento de la Penitencia, que hemos de estimar como uno de los mayores bienes que el Señor ha dejado a su Iglesia y una de nuestras principales tareas pastorales.

5. Todo esto - hermanos y hermanas - es cierto, - bien lo sabemos - y como se nos han señalado recientemente en una Carta de la Congregación para la Doctrina de la Fe: "el lugar donde recibimos la salvación traída por Jesús es la Iglesia, comunidad de aquellos que, habiendo sido incorporados al nuevo orden de relaciones inaugurado por Cristo, pueden recibir la plenitud del Espíritu de Cristo (Rm 8, 9). Comprender esta mediación salvífica de la Iglesia es una ayuda esencial para superar cualquier tendencia reduccionista. La salvación que Dios nos ofrece, de hecho, no se consigue sólo con las fuerzas individuales, como indica el neo-pelagianismo, sino a través de las relaciones que surgen del Hijo de Dios encarnado y que forman la comunión de la Iglesia. Además, dado

que la gracia que Cristo nos da no es, como pretende la visión neo-gnóstica, una salvación puramente interior, sino que nos introduce en las relaciones concretas que Él mismo vivió, la Iglesia es una comunidad visible: en ella tocamos la carne de Jesús, singularmente en los hermanos más pobres y más sufridos. En resumen, la mediación salvífica de la Iglesia, «sacramento universal de salvación», nos asegura que la salvación no consiste en la autorrealización del individuo aislado, ni tampoco en su fusión interior con lo divino, sino en la incorporación en una comunión de personas que participa en la comunión de la Trinidad” (CDF, Carta Placuit Deo, 22 de febrero de 2018)

6. En el día en que renovamos solemnemente nuestro promesa de servir por toda la vida al Señor en el sacerdocio católico, renovemos - con un acto interior y exterior - nuestra completa, plena y total confianza en la gracia de Cristo. Con cuanta sabiduría escribió un Papa Santo, al inicio del siglo pasado que “es tal la condición del sacerdote que no puede ser bueno o malo sólo para sí, pues el modelo de su vida influye poderosamente en el pueblo. El que cuenta con un buen sacerdote, ¡qué bien tan grande y precioso tiene! (San Pío X, Exhortac. Haerent animo, 4-VIII-1908)

Nuestro camino de servicio.

7. Cada uno de nosotros ha recibido la misión de ser instrumento, guía en el camino y luz en la oscuridad, pese a todas nuestras flaquezas y debilidades. Nuestra luz - lo conocemos muy bien - no es propia, es la luz de Cristo, que anunciaremos en la Vigilia de la Resurrección.

Ese alumbrar el mundo y nuestra propia realidad diocesana, tiene este año un camino preciso y concreto, el Congreso Eucarístico Diocesano, que hoy es convocados en todas las diócesis del país y cuya finalidad es poner al Señor en el centro de nuestra propia vida y en la vida de nuestra comunidades de modo nuevo y mas intenso, promoviendo el encuentro con Jesús Sacramentado, particularmente en la Santa Misa dominical y en la adoración Eucarística y reflexionar en torno a la centralidad de la Eucaristía en la vida de la Iglesia y en la de cada uno. Salgamos, hermanos y hermanas, a

buscar a los que están lejos para que se encuentren con la Iglesia, como sacramento de salvación, siendo verdaderos discípulos y misioneros, acerquémonos con amor fraterno a aquellos que son los más necesitados y abandonados de nuestra sociedad, y oremos y pidamos orar con insistencia por las vocaciones al ministerio sacerdotal, a la vida consagrada y misionera en toda nuestra diócesis.

8. Cada parroquia, cada comunidad religiosa, cada uno de nosotros, debe irse transformando en un adorador en espíritu y en verdad, como enseñó el Señor a la mujer samaritana en el pozo de Sicar. (Jn 4, 21-24). Pero todos sabemos que el principal impulso que debe recibir la comunidad para adherirse firmemente al Señor viene de sus pastores, de los buenos pastores del rebaño de Dios, que caminan adelante, al medio con ellos y detrás, levantando a lo que desfallecen.

La fortaleza de Dios.

9. Queridos hermanos sacerdotes, quizá al ver el inmenso panorama apostólico que se nos abre por delante, nos pueda venir algún desánimo, quizá al ver algunas veces los pocos frutos que - aparentemente - producen nuestros empeños pastorales surja la duda, quizá al ver desfallecer a uno a nuestro lado y dejar de caminar con nosotros, no llegue el miedo, como a los discípulos en el mar de Galilea. Aferrémonos con fuerza al Señor y vivamos la comunión afectiva y efectiva entre nosotros y pidamos la virtud de la fortaleza para cada día, que exige, muchas veces, vencer los propios caprichos, el egoísmo y la comodidad. Y ese vencimiento solo es posible con el amor de Dios. Somos fuertes si amamos. Nosotros los cristianos, aquí y ahora, estamos llamados a dar testimonio de Cristo, aunque eso nos cueste sinsabores y sufrimientos. No podemos transigir en la doctrina ni en la moral, en la verdad ni en las costumbres, por grande que sea la presión del ambiente; hemos de vivir nuestro cristianismo con coherencia, con fortaleza. Seremos capaces, si nos apoyamos en la gracia de Dios: entonces venceremos. A los cristianos, nos dice San Pablo, nos aprietan por todos lados, pero no nos aplastan; estamos apurados, pero no desesperados; acosados, pero no abandonados; nos derriban, pero no nos rematan

(2Co 4, 7 s). Así será si la vida de Jesús que se manifiesta en nosotros, porque Él es nuestra fortaleza (Fernández Carvajal, Antología de textos, p 719)

Agradecimientos

Queridos hermanos sacerdotes, queridas comunidades que hoy les acompañan, en el nombre del Señor Jesús, les agradezco su entrega, su perseverancia, su caminar algunas veces entre las espinas y los dolores, pero con la alegría del servir al único Rey que merece ser servido. En especial, agradezco a los nuevos párrocos que en estos días están tomando sus responsabilidades, a los que me acompañan de mas cerca en las tareas pastorales de conducir la diócesis, a los diáconos y a los ministros y ministras de la Sagrada comunión, a nuestras agentes pastorales en los diversos ámbitos del quehacer parroquial y diocesano. Veo hoy, como providencia de Dios, que el Señor puso en mi corazón como lema de mi servicio episcopal aquella exigente frase de Jesús, “mar adentro, y lanzad las redes para pescar” en un mar embravecido y turbulento, que espera la intervención del Señor por medios de nosotros, para aquietarse y hacerse un camino llano y calmo. Me llamo y llamo a todos a seguir bogando para llevar a muchos al puerto de la Verdad y a la unidad de la fe. Encomendemos nuestro sacerdocio a la Madre de Dios y Madre nuestra y a San Bernardo, nuestro celestial patrono

Que así sea.